



LUCE LÓPEZ-BARALT
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, RÍO PIEDRAS
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

UNA ALEGRÍA EN VOZ ALTA:
MI CORRESPONDENCIA EPISTOLAR
CON JORGE GUILLÉN (1964-1982)¹

Resumen: Cuando comenzaron a escribirse, Jorge Guillén tenía 71 años y Luce López-Baralt, 19, pero su entrañable amistad, que tendría por escenario distintos continentes, duró desde 1964 hasta la muerte del primero en 1982. En esos largos años de relación epistolar, en que pasó de niña a *scholar*, López-Baralt y Guillén privilegiaban los temas de la literatura. La ternura que entrevera el epistolario no la solía prodigar don Jorge a interlocutores letrados como Pedro Salinas: era precavido con ellos ante la atemorizante posibilidad de una publicación póstuma. Fue expansivo e íntimo con López-Baralt porque no le representaba formalidad alguna. Esta es precisamente la relevancia del epistolario: Guillén se muestra sin pose, confidencial, curioso ante la recepción de su obra y, sobre todo, pletórico de júbilo vital.

Palabras clave: Jorge Guillén, epistolario, Generación del 27, correspondencia inédita, exilio español

¹ Agradezco vivamente a mi colega y Director del Depto. de Estudios Hispánicos Fernando Feliú Matilla su ayuda con la organización y transcripción de la correspondencia de ida y vuelta entre Guillén y yo.

Abstract: When they began writing to each other, Jorge Guillén was 71 years old and Luce López-Baralt, 19, but their close friendship, which would take place on different continents, lasted from 1964 until the death of the former in 1982. In those long years of epistolary relationship, in which she went from a child to a scholar, López-Baralt and Guillén privileged the themes of literature. The tenderness that intersects the epistolary was not used to lavish Don Jorge to literate interlocutors like Pedro Salinas: he was cautious with them before the frightening possibility of a posthumous publication. He was expansive and intimate with López-Baralt because he did not represent any formality to him. This is precisely the relevance of the epistolary: Guillén appears without a pose, confidential, curious at the reception of his work and, above all, full of vital joy.

Keywords: Jorge Guillén, epistolary, Generation of 27, unpublished collected letters, Spanish exile

Fecha de recepción: 26 de septiembre de 2022

Fecha de aceptación: 28 de octubre de 2022

«Guillén! ¡Guillén! ¡Guillén! / ¿por qué me has abandonado? Está mal. Yo espero siempre carta tuya, pero la carta no llega». La lamentación es de García Lorca, reclamando a Jorge Guillén su ingratitud epistolar en 1926 (apud Anderson/Maurer 392-393; 1997)². No es hasta el año siguiente que el poeta vallisoletano se excusa por su irregularidad epistolar: «Supongo que recibirías hace tiempo una

² Por más énfasis, el poeta despedido se despide retomando su patética figura del Cristo abandonado por el Padre con un tajante «Guillén! ¡Guillén! ¡Guillén! / ¿porqué me has abandonado?».

larga carta mía compensadora de mi anterior silencio culpable» (Guillén 111-113; 1959). Ese silencio era crónico en don Jorge, si damos fe a los reclamos de Federico: «a pesar de tu promesa no he recibido carta, ni sé nada de tu vida»; «Contéstame enseguida y sé bueno» (Ibid 366). Guillén es igualmente moroso en responder a Pedro Salinas. Le admite que vive «con los remordimientos sin excusa de no haberle contestado aún a tus tres últimas cartas» (Soria Olmedo 362; 1992). Alberti sufrió los mismos desplantes epistolares. Estando en Roma envió un mensaje para don Jorge con mi esposo Arturo y conmigo, pidiendo que le escriba «aunque sea a razón de 6 cartas [t]uyas por cada una [mía]»³.

Las quejas epistolares de los amigos de Guillén siempre me hicieron sentir culpable, pues la avalancha de cartas que el poeta «inalcanzable» me dirigía fue siempre copiosa y puntual. Teresa Guillén, la hija del poeta, me aclaró la incongruencia epistolar de su progenitor. Es que su «Papaíto» – como lo llamaba⁴– se convirtió en un corresponsal diligente tan sólo a partir del exilio. Don Jorge me confesaba a su vez su apego a «los pequeños placeres del correo»: «¡qué placer

³ Postal sin fecha desde Roma, que debe corresponder a mayo de 1972, pues estábamos en viaje de luna de miel. Evoco el encuentro, pues fue Guillén quien nos conectó con Alberti: «Rafael Alberti y María Teresa nos recibieron con inmensa amabilidad. Conversamos largamente –notamos a Alberti algo triste en términos generales. Nos pareció muy interesante su deseo sincero de ir a Puerto Rico. Hablamos de poesía, de España, de los gatos (está lleno de arañazos de su gatita.) Nos regaló una litografía suya dedicada de regalo de bodas. ¡Fue encantador!». No quise decir a don Jorge, sin embargo, que buena parte de la tarde se nos fue en hablar sobre la Guerra Civil española, tema que sumió a María Teresa en un mar de lágrimas.

⁴ Los nietos de don Jorge lo llamaban cariñosamente «Abué». Recuerdo que el poeta no pudo asistir a la boda de su querida nieta Anita Gilman en Cambridge, pues quedó en Málaga por su fragilidad física. Al momento de posar para la foto oficial, Teresa exclamó: «¡Todos pensando en el Abué!». Como si de alguna manera ese cariño colectivo pudiera quedar retratado para siempre.

el del correo! Yo adoro el correo, y ahora tengo un apartado en la Universidad [de Puerto Rico], y voy a las tres, a las cinco, a las diez, a buscar [las cartas]»⁵. El destierro también hizo puntual a Guillén. Cuando vivíamos en Cambridge, lo solía visitar con mi futuro esposo Arturo Echavarría una vez en semana a tomar cocteles⁶ en Gray Gardens West. Don Jorge e Irene vivían en la casa solariega de Stephen Gilman, profesor de Harvard casado con su hija Teresa, y siempre cronometrábamos el reloj para llegar a tiempo a la cita a las cinco de la tarde. Al acercarnos, entreveíamos a través de los cristales a don Jorge esperar ansioso, manos en la espalda, dando vueltas por la sala. Timbrábamos y el inmenso amigo nos abría los brazos jubilosos para celebrar nuestra llegada y, muy en especial, nuestra puntualidad⁷.

Mi correspondencia epistolar con Guillén arranca en 1964, año en que escuché, junto a mi hermana Mercedes, el curso que dictó en la Universidad de Puerto Rico sobre la «Generación del '27»⁸, y dura hasta 1982, poco antes de su

⁵ Cito *verbatim* de mis apuntes de la clase de don Jorge, que conservo intactos. (En adelante cito por «López-Baralt 1964», indicando la fecha de la clase.) La frase citada corresponde al 30 de marzo de 1964. Mi hermana y yo copiábamos con pormenor todos los comentarios del poeta, y los personales son invaluable para conocer de cerca su talante emocional y su temperamento.

⁶ Irene y don Jorge siempre nos servían «Bloody Marys». Ya muy mayor, aconsejaron al poeta que no ingiriese alcohol y decía que entonces bebía «un “Bloody sin el Mary”».

⁷ En aquellos años de su exilio en Nueva Inglaterra el poeta dependía mucho del afecto de sus amigos hispanohablantes. Una vez Stephen Gilman, su yerno y nuestro profesor, confesó a Arturo que don Jorge estaba «mirando las hojas del otoño caer y preguntándose dónde estaría Arturo Echavarría». Demás está decir que enseguida lo fuimos a visitar.

⁸ Guillén realmente tituló su curso «Poesía de la generación española de 1920-1936», ya que no consideraba adecuado el sobrenombre de «Generación del '27». Entendía que no todos los poetas eran gongoristas ni particularmente afines a Góngora, cuyo tricentenario se celebró por todo lo alto en

muerte. Cuando comenzamos a escribirnos yo tenía 19 años y el poeta 71, pero la entrañable amistad nos duró hasta que su poderoso corazón, «*made in* Valladolid», como afirmaba gozoso, dejó de latir. Compartimos largamente con el poeta durante su estadía en Puerto Rico, pues Nilita Vientós Gastón, nuestra célebre *femme de lettres*, nos incluyó con él en sus tertulias literarias, en las que había reunido a Pedro Salinas, a Juan Ramón Jiménez (por separado, claro), a Ricardo Gullón, a Saul Bellow, a Mario Vargas Llosa, entre otras figuras literarias.

Comencé pues a escribirme con Guillén siendo una adolescente deslumbrada por la literatura hasta que me constituí en una catedrática que se abría al mundo internacional. La evolución de nuestra amistad se hace evidente en los saludos iniciales de las cartas, que van intensificando su afecto. Aquel inicial «Mis distinguidas amigas Luce y Merce López-Baralt»

1927 en el Ateneo de Sevilla, con la asistencia de la mayoría de los entonces jóvenes poetas españoles. Mucho menos gustaba don Jorge del apelativo lúgubre de «Generación de entreguerras», por lo que optó por describir su grupo generacional por las escuetas fechas de «1920-1936».

Como mi hermana y yo éramos demasiado jóvenes para matricularnos en el curso del poeta, ya que cursábamos aún estudios universitarios subgraduados, tuvimos que contar con el permiso explícito tanto del director del Departamento de Estudios Hispánicos, Dr. Modesto Rivera, como del propio Guillén para poder acceder a la clase, que dictaba en el salón Pedreira 126 de la Facultad de Humanidades. Aún conservo no sólo la libreta de apuntes sino los cuadernillos de la selección o antología poética de cada autor que exploramos en clase y que Guillén había preparado. Los comentarios de don Jorge revelan cómo entendió y cómo sintió la poesía de cada uno de los miembros de su generación. Y también de los poetas inmediatamente posteriores: consideraba, por ejemplo, que Miguel Hernández era «el último gran poeta español del siglo XX».

Al final del curso graduado, Guillén hizo un «censo» indagando qué poetas de los nueve que habíamos estudiado preferíamos. Muy pronto se arrepintió de aquel ejercicio: «Un crítico italiano llama a la generación [del '27] un coro –cada uno dando su nota. Por eso en el fondo fue una brutalidad el censo que yo hice» (López-Baralt 1964, clase del 4 de mayo de 1964).

La Jolla, California
20 de Mayo - 1972

Mi querida Luce i-nol-vi-da-ble: Te escribo que estoy pensando también en futuro. Debo ya escribir el primero. Se me ha adelantado usted con excelentes noticias de usted, de usted, y de ese Cambridge de otros días y los buenos días. Te pienso que entre los residentes de Harvard casi nadie sabe que figura San Juan de la Cruz... No, Deseo de Vesp

de la primera carta a Santander (1964), dio paso al cálido: «Querida Luce, cada vez más admirada. Su última carta rebosa de entusiasmo, felicidad, juventud. Cualquier español diría, yo también: ¡Bendita sea!» (20 de octubre de 1981). El más entrañable de sus saludos fue: «Mi querida Luce i-nol-vi-da-ble», al que añade enseguida un cauto «Estoy pensando

también en Arturo» (20 de marzo de 1972). Por cierto que don Jorge divide las sílabas de otro nombre querido: el de su primer nieto Antonio, a quien pondera como «An-to-ñi-to el Precioso» ante su corresponsal Salinas⁹. Esos apelativos afectuosos no los solía dirigir a sus amigos poetas¹⁰: estaban reservados para cariños filiales¹¹.

Las despedidas de mi dilecto corresponsal también se van transformando con los años. Comienza despidiéndose «Muy cordialmente, “Jorge Guillén”», para más tarde pasar, ya en 1972: «Jorge, su más viejo amigo» (desde Cambridge, 26 de marzo de 1974). En 1980 intensifica su proclama-da vejez¹² y se despide con un cariñoso «doble abrazo de su

⁹ La carta es del 13 de noviembre de 1945, desde Wellesley. Ya de adulto le solíamos llamar «Antó».

¹⁰ En carta del 20 de octubre de 1981 Guillén apostrofa con humor a su hijo Claudio como «mi señor hijo». En más de una ocasión se lo oí decir. Añade en la citada misiva: «... pienso en mis hijos y soy feliz. “Me han salido muy buenos”, repito y me repito». Con todo, una vez en Cambridge, y delante de nosotros, se refirió a Teresa como «¡Una hija! ¡Mi mejor poema!». Enseguida Teresa le ripostó con cariño: «Papaño, no seas injusto con Claudie!».

¹¹ El poeta sintió un cariño especial por su nieta Anita Gilman, que se crió muchos años a su lado en la casa familiar de los Gilman. A ella le dedica su estremecedor poema «Primera Navidad» (de *Atenciones*): la niña aguarda ansiosa la llegada de Santa Claus y cuando al fin se asoma al árbol navideño cuajado de luces y regalos, «... queda en vilo, / Gravemente inmóvil bajo / La amenaza de un peligro. / Es imposible afrontar / sin terror el Paraíso».

¹² Durante sus clases Guillén siempre se refirió a su edad en tono irónico. «León Felipe es el poeta español más viejo conocido, después yo tengo el tremendo disgusto de serlo. Ojalá no muera para yo no ser el decano, en sentido cronológico, de la poesía española» (López-Baralt 1964, a 29 de abril). Pero también afirmaba gozoso: «Con las arrugas se va ganando la independencia» (ibid). También afirmó, esperanzado, en la última clase del curso: «en estos años de joven vejez he de volver a Puerto Rico» (Ibid., 4 de mayo de 1964). Y, en efecto, volvió.

Tiempo después, vuelve sobre el tema y, en carta del 7 de abril de 1972, me admite: «cuánto envidia su juventud».

viejísimo amigo, lector, admirador, con nostalgia de Puerto Rico, Jorge» (desde Málaga, 20 de julio de 1980)¹³. Al final de su vida la vejez va *in crescendo*: «Un doble abrazo de su muy anciano Jorge»¹⁴. Por cierto que Guillén solía ser parco al despedirse de sus compañeros poetas, limitándose a «un abrazo» y, a lo más, a «un gran abrazo».

Todas las cartas son manuscritas: no existía el internet y don Jorge nunca se animó a usar la máquina de escribir, como hizo Salinas. Escribe las primeras cartas con una cursiva decimonónica elegante y clarísima, que más tarde se le achica y se le vuelve algo inestable, presentando las primeras tachaduras.

El poeta vallisoletano consideraba, de otra parte, que una carta era el mejor sustituto de la conversación con el amigo ausente. «Amigos. Nadie más. El resto es selva»¹⁵, exclama en *Aire nuestro*, elevando la *amicitia* a categoría de don salvífico¹⁶. Para remedar la oralidad de esa conversación don

¹³ Pese al gran afecto que nos profesábamos, don Jorge siempre me trató de «ud.» y yo siempre le llamé «don Jorge». Una vez le pedí que me tuteara, y logra hacerlo en carta del 28 de marzo del 1978 desde La Jolla: «Y te escribiré», me dice, subrayando con gracia el «tú». Luego volvió a recaer en el «ud.», y me aclara en nota al margen izquierdo, subrayada doblemente: «Fe de erratas. “Usted” no. Tú». Cabe añadir que al principio de su correspondencia con los miembros del ‘27 también los llamaba de «ud.» y sólo más tarde cambiaban al «tú».

¹⁴ Carta desde Málaga, 1 de noviembre de 1981. El poeta escribe, por error, «1988» y tacha, corrigiendo, a 1981.

¹⁵ Díaz de Castro (792; 1971) explica la contextualidad en la que Guillén concibe el verso, tan tajante: es que lo escribió en Sevilla durante la Guerra Civil.

¹⁶ En clase del 27 de abril de 1964, y tras hablar de «Manolito» Altola-guirre, de Alberti, de Salinas, don Jorge exclamó feliz: «¿Ven que sensación de amistad hay entre nosotros los poetas? Todos nos admiramos, y queremos! ¡Y esto no ocurre casi nunca!» (apud. López-Baralt 1964). Claro que no ocurrió así con Juan Ramón Jiménez, y Guillén comparte con Salinas la herida, obviamente abierta, que esa ruptura dejó en su ser. No lo llegó a saber mi

Jorge se servía, como ha observado Andrés Soria Olmedo (14; 1992), de estrategias discursivas específicas. Abundan las exclamaciones jubilosas, las interrogantes y los paréntesis sugerentes, los puntos suspensivos y los guiones aclaradores. Las misivas reproducían de cerca la conversación de mi amigo epistolar, que oscilaba entre el regocijo, el entusiasmo irreprimible, la confidencia sutil y la ocasional ironía. Para mí sus cartas siempre fueron una «alegría en voz alta»: frase feliz con la que don Jorge ponderó las misivas de su interlocutor epistolar Salinas (Soria Olmedo 15; 1992).

Como era de esperar, el corpus de la correspondencia de esos casi veinte años está incompleto. Algunas cartas se extraviaron en el correo y los avatares del tiempo dieron al traste con otras¹⁷. También hay hiatos ocasionales de silencio epistolar, cuando Guillén y yo vivíamos en una misma ciudad —primero San Juan y luego Cambridge—, y en esas ocasiones hablábamos en persona. El poeta se lamentaba cuando las cartas se perdían: «El correo va en decadencia —a contrapunto del progreso en esta desdichada Época» (carta del 5 de enero de 1996 desde Cambridge). Me asombró descubrir, gracias a la generosidad de mi admirable colega Santiago López Ríos¹⁸, que Guillén también guardó casi todas mis

antiguo amigo, pero en la Sala Zenobia /Juan Ramón de mi Universidad obran varias cartas en las que Juan Ramón ensaya la carta del perdón. «Todo hombre tiene su lado áspero . . . » comenzaba una. Entristece saber que nunca las terminó de redactar y menos de echar al correo, pues esa reconciliación hubiera consolado enormemente a los poetas formados bajo la tutela del poeta de Moguer. Lo afirmo porque don Jorge celebró siempre la generosidad. La llamó «la mayor virtud del hombre, quizá la única, porque si se es generoso lo demás viene por añadidura» (López-Baralt 1964, a 29 de abril).

¹⁷ En mis apuntes personales de la década de los sesenta también doy constancia de cartas y tarjetas de Guillén que al día de hoy no he podido encontrar.

¹⁸ López-Ríos editó a su vez la correspondencia entre Américo Castro y José Jiménez Lozano (Cf. López-Ríos 2020).

cartas, que hoy custodia la Biblioteca Nacional de Madrid («Arch JG/59/19 –28 cartas, tarjetas y telegramas») ¹⁹. Tras clasificar el conjunto epistolar de ida y vuelta que obra en mi poder, veo que es más completo que el de la Biblioteca Nacional.

Las cartas de Guillén –54 en total– van del 1964 al 1982; mientras que las mías, que suman 31 cartas, van de 1966 a 1982. Una vez fallecidos don Jorge y su viuda Irene Mochi-Sismondi, sus hijos Teresa y Claudio me autorizaron a publicar la correspondencia, cuyo conjunto daré a la luz en forma de libro ²⁰.

Muy a menudo Guillén y yo cotejábamos en qué país andábamos –y adónde nos dirigiríamos– para saber adónde enviar las próximas cartas. Comenzamos escribiéndonos desde Santander, cuando don Jorge veraneó en San Vicente de la Barquera, y mi hermana y yo estudiamos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Obran en mi poder cartas posteriores del poeta desde Cambridge, Florencia, Roma, París, Málaga, Nerja, Niza, y La Jolla, California, donde se solía hospedar con su hijo Claudio ²¹. Por mi parte, le escribí desde los puntos geográficos donde estudiaba: San Juan, Madrid, Nueva York, Cambridge, Beirut. A partir de ahí se multiplicaron mis viajes de estudio a Europa y el Mediano Oriente. Don Jorge me pedía --como antes Lorca a él– que no olvidara escribirle, y, conociendo su proclividad a “los pequeños placeres del correo”, le escribí fielmente desde Bagdad, El Cairo, Irán, India, Bali, Grecia, Rusia, Turquía, Tailandia, Ja-

¹⁹ Siempre habré de citar mis cartas por esta clasificación bibliotecaria.

²⁰ Teresa Guillén me firmó su autorización el 24 de octubre de 2015, en su piso de Cambridge, Mass., y aunque Claudio me había otorgado su permiso de viva voz, pedí a su viuda Margarita Ramírez Rigo que lo pusiera por escrito, cosa que amablemente hizo el 6 de agosto de 2021, desde Frigiliaina. Adjunto copia de los dos documentos justificativos.

²¹ O «Claudie», como lo llamábamos familiarmente.

pón, Cuba, Jamaica. El poeta encomió con gozo mi fidelidad epistolar: «es ud. un ángel. Nos la comeríamos a besos»²².

La ternura que entrevera el epistolario no la prodigaba don Jorge, como adelanté, a sus otros interlocutores, no empece tuvieran una amistad más cercana con el poeta. Quizá Guillén fue más expansivo conmigo justamente por eso: era una muchacha que no le representaba formalidad alguna. Por más, era una interlocutora femenina. Sospecho que san Juan de la Cruz dedicó sus obras tan sólo a mujeres —Ana de Jesús y Ana de Peñalosa— que comprenderían mejor las delicadas emociones de su alma mística. Salinas me daría la razón en este punto, pues admite que se amoldaba a cada uno de sus interlocutores: «. . . cada uno me inspira un modo particular . . . de dirigirme a él . . . Basta que piense en Fulano para que se me abra la vena irónica; que me recaiga la memoria en Zutano para que empiece a destilar la melancolía»²³. Don Jorge ajustaría también su lente epistolar conmigo para manifestarme sin sordina su vida afectiva.

Hay que añadir que el poeta también era precavido con sus amigos letrados ante la atemorizante posibilidad de una publicación póstuma. Salinas se lo hace saber a Guillén: si las cartas valían la pena, dada su calidad literaria, «la pena que les aguarda ya sabemos cuál es: la caída de Ícaro, de los cielos

²² Carta desde Cambridge del 22 de agosto de 1976. Debo hacer constar también que don Jorge dirige las primeras misivas de la década de los sesenta tanto a mi hermana Mercedes como a mí y que, mucho más adelante, a menudo nos escribe a mi marido Arturo y a mí juntos. También conservamos cartas aparte dedicadas exclusivamente a Arturo o a Merce, aunque algunas de ellas se han perdido. Con todo, confieso que quien sostenía el peso real de la correspondencia era yo, porque mi lealtad como corresponsal siempre fue tan infalible como la de mi amigo poeta. De ahí que las cartas que éste conservara en su poder fueran las mías, que hoy custodia, como adelanté, la Biblioteca Nacional de Madrid.

²³ El pasaje es de la «Defensa de la carta misiva y la correspondencia epistolar»; cito por Bou (41; 1998).

limpios –lo privado– a las aguas dudosas –la publicidad»²⁴. Como temía el poeta, pero para fortuna nuestra, hoy contamos con la colección impresa de su larga correspondencia con Guillén y aun con su amada Katherine Reding²⁵. En las cartas de don Jorge a sus amigos –extraordinarias, hay que decirlo– hay sin embargo algo guardado y *self-conscious*: algo de discreta auto-censura.

A esta prudencia contribuye, para colmo, el *expertise* que tanto Salinas como don Jorge tenían en la teoría del género epistolar. Se sabían al dedillo la preceptiva y las normas retóricas del género, desde Cicerón a Vives²⁶, y la comentan con ironía mientras están en el proceso de escribirse. Guillén hace un irónico alarde de *connoseiur* ante su amigo: «Mi

²⁴ Cito por Soria Olmedo 13; 1992.

²⁵ as cartas de Salinas a su musa, Katherine Reding, también pertenecen a la posteridad y sirven de contrapunto a *La voz a ti debida* y a sus últimos poemarios de amor. Ha sido una gran fortuna que las circunstancias del encuentro entre Salinas y la profesora de literatura española Katherine Prue Reding (1897-1982) se hayan salvado del olvido. Gracias precisamente a la mediación de Jorge Guillén, gran amigo del madrileño, y con la aquiescencia de Jaime Salinas, que también la visitó, Katherine donó en 1979 a la Houghton Library de Harvard las 354 cartas y los 144 poemas que había recibido de Salinas. Enric Bou (2002a y 2002b) y Janette Becerra (2003a, 2003b y 2003c) han comenzado a editar la correspondencia y gracias a sus esfuerzos podemos descubrir no solo lo auténtica que fue la pasión desbordante del poeta, sino las claves extraliterarias de los eventos que detonaron sus grandes poemarios de amor. Las cartas –encendidas, vehementes, prolijas y de una constancia febril, pues solo la muerte de Salinas les pone broche final– constituyen un comentario iluminador del poeta a sus propios versos, que iba escribiendo a medida que dialogaba a la distancia con Katherine.

Como apunté, la conciencia de la probable publicidad de las misivas hizo que los amigos corresponsales Salinas y Guillén autocensuraran su intimidad inviolable y pusieran sordina a la expresión escrita de sus afectos más sinceros. En la larga correspondencia epistolar que sostuvieron ambos, por ejemplo, nada dicen de los amores del primero con Katherine y de la tormenta emocional que ello desató en el hogar del poeta.

²⁶ Así lo advierte Soria Olmedo (13-14; 1998).

querido Pedro: estas líneas no van a formar una carta didascálica, ni deliberativa, ni demostrativa, ni judicial. No será congratulatoria, laudatoria, reprensoria . . . A causa de su brevedad, ¿“billete”, “esquela”? ¿Diré “misiva”? ¿Me atreveré a emplear “epístola”? No hay laberinto como el de la clasificación»²⁷. Cuando Guillén me escribía, doy por seguro que se sintió libre de toda retórica y aun del posible miedo a la futura publicación de nuestra correspondencia²⁸. Nuestro epistolario es modesto si lo comparamos con el que sostuvo con sus amigos poetas, pero resulta más veraz en la esfera íntima. Retrata mejor cómo era don Jorge en persona²⁹.

Al margen de sus espléndidas cartas, Guillén fue una figura paradigmática en mi vida. Mis años de formación como estudiosa transcurrieron a su sombra protectora, y la correspondencia da fe de cómo, año tras año, país tras país, universidad tras universidad, iba compartiendo con el poeta tutelar mis primeros pinitos en las letras. Siempre me animó con generosidad incomparable. Pero sus lecciones de luminosa alegría me impactaron aún más. A menudo escuché de sus labios su credo vital: «Ante la vida tengo una sola respuesta: ¡SÍ!». Don Jorge enmendaba al melancólico Manrique: «Consiento en mi *vivir*, con voluntad placentera, clara y pura»³⁰. Ya lo había dicho en la dedicatoria al *Cántico*: «Con qué voluntad placentera/ consiento en mi vivir . . . »³¹. Siempre he pensado que el poeta era la personificación misma de

²⁷ Cito por Soria Olmedo 1998; 13. La carta es del 19 de febrero de 1940 y no consta en la antología del estudioso.

²⁸ Roxana Pagés-Rangel (1997) estudia a fondo el paso de la carta privada a la carta pública.

²⁹ Curiosamente, Claudio Guillén, el hijo del poeta, también estudió el género epistolar, en su caso, el renacentista (Cf. C. Guillén 1986).

³⁰ Era una afirmación que repetía en persona y en su curso de 1964.

³¹ Cito por Guillén 21; 1967.

su «Cántico»³²: no en balde usurpó el título de su poemario a san Juan, con cuyo júbilo decidió presidir sus versos. Considero que el Reformador y Guillén son los únicos poetas realmente felices de las letras españolas. (Y ello, a despecho de Boscán, que celebró su dicha conyugal en la «Epístola a don Diego de Mendoza», sólo que lo hizo con versos tan desangelados que realmente no cuentan.)

El regocijo de don Jorge era aleccionador. En clase nos advertía: «¡Hay que tener capacidad para sentir felicidad ante la maravilla de cualquier cosa!» (López-Baralt 1964; 5 de febrero). Irene, ya viuda del poeta, cuenta en sus memorias cómo don Jorge se asomaba a su balcón marino en Málaga, esperando el amanecer. Poco a poco los celajes iban aclarando, hasta que exclamaba, dichoso ante el día rotundo: «¡Ya está! ¡Ya está!»³³. Elegía, de otra parte, clásicos alegres para dialogar con ellos. Arturo (Echavarría 10; 1984) recuerda en su *In Memoriam* al poeta cómo éste se amigaba con el simpatiquísimo Lope de Vega: «Me encantaría tomar café con Lope. ¡Qué gusto me daría! Con los Profetas no. Con Ezequiel, con Jeremías, con esos señores terribles que proclamaban pestes, ¡no! Sin embargo, con Lope, sí». Y también con el encantador Juan Ruiz, Arcipreste de Hita: «. . . No me consolaré / de nunca haber tomado con aquel Ruiz café» (Guillén 1211; 1968)³⁴. Por eso advertía: «Es pecado ser soso. Lo prohíbe Dios» (López-Baralt 1964; 20 de marzo).

³² Por cierto que en su curso de la Universidad de Puerto Rico don Jorge iba identificando los poemas específicos que le parecían retrataban de cerca a cada uno de sus amigos poetas.

³³ Irene evoca por escrito sus años con don Jorge en su volumen bilingüe titulado *Alla rinfusa (En desorden)* y publicado en 2005. (Cf. Mochi Sismonti 2005 y García 193-198; 2021).

³⁴ En adelante siempre citaré los poemas de Guillén por esta edición.

Prohibida pues la sosera, permitida la ternura. Siendo estudiante de Harvard, un día don Jorge me telefoneó³⁵ con un mensaje rotundo: «Luce, la he llamado para decirla que la quiero. Nada más». Y colgó, pues nada más había que añadir.

Su fe en la vida era irreprimible, y la pontificaba con gracia. Leo otra apostilla divertida a las notas de clase (López-Baralt 1964; 7 de febrero), cuando Guillén explica el poema «Parada», en el que Pedro Salinas celebra la gota de rocío suspendida en la hoja, a punto de caer y desvanecerse en la tierra. Guillén celebra la capacidad de Salinas de asombrarse ante un hecho sin aparente importancia, añadiendo que «esta capacidad de asombro es [propia] de un hombre superior». Parecería que Guillén hablaba de sí mismo. Pero enseguida abandona el tomo reflexivo para lanzar su oda al gozo cotidiano: «Yo tengo fe en la vida. ¿Cómo no la voy a tener, viendo a la mujer puertorriqueña? ¡Yo creo en la mujer puertorriqueña y en la gota de lluvia!»³⁶.

Supe de primera mano de la serenidad con la que el poeta había navegado las desgracias de su vida, que incluían una guerra civil, el exilio en un país anglosajón³⁷ y una viudez

³⁵ Vivía en el Radcliffe Graduate Center, que poco después pasó a llamarse en Conkrite Graduate Center.

³⁶ Y decía verdad. Mi hermana y yo recordamos cuántas veces, en las ceremonias universitarias íntimas a las que el Rector Jaime Benítez nos invitaba, don Jorge iba, fila por fila, sonriente y con los brazos tras la espalda, a deleitarse en la hermosura física de las jóvenes puertorriqueñas. Luego se sentaba con Irene y con nosotras y nos comentaba la razón de su pequeña excursión de gozo estético, inocentísima justamente por compartida.

³⁷ Tanto para don Jorge como para Pedro Salinas la experiencia del exilio norteamericano resultó muy dura. Ambos poetas tenían que bajar el nivel de su lenguaje hablado y prescindir de todo sesgo irónico o juegos de palabras para que sus alumnos anglosajones los pudieran comprender. Por eso, para Salinas bastó «trasterrarse» en Puerto Rico para ver resurgir su vena literaria y su alegría de vivir. Don Jorge, por su parte, buscaba el refugio de la amistad y

prematura. Las pocas veces que compartía estas tragedias, intentaba buscar el rayo de sol, por breve que fuera, que las había iluminado, y siempre lo hallaba. Una tarde evocó su aislamiento en Wellesley tras la muerte de su esposa Germaine. Teresa y Claudio estudiaban fuera, y el poeta exilado se quedó a solas con su pena. Se tenía que cocinar él mismo, algo improbable para un caballero de su generación y sus circunstancias. En medio del triste recuento, una súbita alegría disipaba las tinieblas: «Me hacía un filete. ¡¡Estupendo, vamos!!». La apostilla redentora aureolaba de momentánea dicha su soledad de cocinero improvisado. Por tantas altas lecciones de superación personal, el poeta se convirtió en uno de mis «*santos* laicos».

Don Jorge matizaba, por su parte, su conocido laicismo religioso: «¡Creo en Dios, con todo y barba!», comentaba en clase. Alberti lo solía «acusar» de que en su poesía no había pecado original³⁸. Llevaba razón. No podía ser de otra manera en el caso de un poeta que exclamaba: «Gozo de gozos: el alma en la piel, / Ante los dos el jardín inmortal, / El paraíso que es ella con él, / Óptimo el árbol sin sombra de mal»³⁹. Su persona, indefectiblemente feliz, correspondía, como dejé dicho, del todo a sus versos: «Fatal la dicha, completa, / No puede no ser»⁴⁰. Siempre recordaré al poeta

de la lengua con sus amigos hispanohablantes, y desde Wellesley admiraba la fortuna de su amigo, que estaba en el Caribe rodeado de amigos y en medio de un resurgir literario asombroso.

³⁸ Esta vez tomo el comentario de don Jorge de mis notas a los cuadernos antológicos que preparaba sobre sus compañeros poetas para explicarlos en clase. Como señalé antes, aún obran todos en mi poder, dando fe de los poemas que Guillén consideraba mejores de cada uno de sus amigos de Generación. Le tocó explicar la obra de Alberti en marzo de 1964.

³⁹ Los versos son el poema «Anillo», de *Horas situadas* (Guillén 178; 1968).

⁴⁰ Cito el poema «La isla», de *Pleno ser* (Guillén 495; 1968).



como un ser ingrávigo, pura dicha, pura armonía, pura luz, puro aire. En efecto: *Aire nuestro*⁴¹. El homenaje poético que él hiciera a fray Luis de León lo retrataba mejor a él que al poeta salmantino: «El aire se serena. / Luz no usada»⁴². Ante su recuerdo, aun digo con Leopardi: *m'illumino d'immenso*.

¿Y de qué hablábamos Guillén y yo durante esos largos años de relación epistolar en que pasé de niña a *scholar*? Los motivos temáticos de las cartas eran muy variados, pero adelante que los temas que privilegiábamos eran la literatura y el amor. Conste: el amor feliz.

Como era de esperar, nos poníamos al día de lo cotidiano: los desplazamientos geográficos, la salud mutua, algún acontecimiento notable. En carta del 21 de diciembre de 1966 comparte su estupor ante la inundación de Florencia:

⁴¹ Así precisamente titula Guillén el inmenso volumen de sus obras escogidas (1968).

⁴² Cito el poema «Fray Luis de León», (Guillén 1212-1213; 1968).

«Llegamos a Firenze casi al mismo tiempo que el río Arno se volcaba en las calles. ¡Horrible!». Pasados muchos años don Jorge hace planes para hospedarse en nuestro piso de San Juan y anticipa con ternura: «Sí, nos encantará que nos proteja un techo común» (2 de diciembre de 1976)⁴³. También nos da noticia de sus señas en Málaga, donde, dice, Dámaso Alonso tiene «un apartamento simétrico del nuestro». Había escrito mi tesina del bachillerato universitario sobre la idea de Dios en la poesía de Dámaso, motivo que detonó una honda amistad entre el poeta y yo⁴⁴.

También don Jorge comparte su lamentable caída en la Universidad de Puerto Rico, que le ocasionó una fractura de cadera:

Las primeras semanas pasaron felices hasta aquel momento de la caída. ¡Primero de marzo! Su madre tuvo la amabilidad de venir a verme al hospital. Se lo agradecí mucho. El campus me sorprendió con un pequeño foso; pero después todo Puerto Rico se portó admirablemente con el profesor visitante. (El curso mío lo está continuando Margot Arce) (27 de abril de 1970)

⁴³ Lamentablemente, por un quebranto de salud inesperado don Jorge tiene que cancelar el viaje a última hora. Y se lamenta: «¡Qué disgusto! Verdadero disgusto no asistir a esa conmemoración, no conversar con aquellos amigos, no compartir con uds, la intimidad de esa casa. ¿Por qué? Dificultades gástricas que han venido molestándome en estos últimos días. No he recobrado aún mi ritmo normal. el médico me aconseja descanso. . . . A [Irene] tanto como a mí nos hacía ilusión esa vuelta al sol y a las amistades de esa isla que no renunciamos a visitar. Esperemos que habrá ocasión de una estancia que no se cuente por días sino por semanas felices». Y se despide con su júbilo esperanzado de siempre: «hasta la próxima vez –de veras– en su soñada casa frente al Contemplado» (desde Cambridge, 18 de noviembre de 1976).

⁴⁴ Me refiero a ella en detalle en mi discurso de aceptación del grado *Doctor Honoris Causa* de la Universidad Complutense de Madrid (enero de 2019).

El poeta sigue dando cuenta de su lenta sanación, que llegó a ser total: «Su camino [de estudiosa está] claro. ¿Y el mío? Pienso en el camino material, el que algún día habrán de recorrer mis dos pies . . . Prolija, atareada, la recuperación . . .» (27 de abril de 1970)⁴⁵. En 1973 cumple 80 años: «Celebramos aquí mi cargado aniversario: ¡los ochenta! . . . En la prensa española he sido noticia. Claro que el mejor éxito de mi vida fue mi caída en Puerto Rico» (4 de febrero de 1973). Debo decir que el poeta quiso mucho a mi país, puerto de acogida de tantos *trasterrados* españoles. Lo celebraba con un superlativo «Isla de las Islas» (25 de julio de 1964). O bien se limitaba a una exclamación soleada: «¡Puerto Rico!» (3 de febrero de 1967). Y, más adelante, «Nos acordamos de Puerto Rico, de ustedes. ¡Todo es luz!» (5 de marzo de 1977). Por cierto que don Jorge celebra en el poema el «Jardín de los coquíes» el canto nocturno del coquí, una ranita que canta al oscurecer en la isla y hace la «noche delicadamente inmensa»⁴⁶.

Guillén era parco en hablar de política: realmente no era una de sus prioridades vitales. Desde Madrid (1966-78) le doy noticia de cómo los «grises» irrumpían a caballo en la Universidad para interrumpir las protestas. El año de la muerte de Franco el poeta me comenta sin dramatismo: «A

⁴⁵ Las dos cartas están fechadas el mismo día –27 de abril de 1970– porque la primera va dirigida a Arturo y la segunda a mí. Arturo permaneció en Cambridge durante las vacaciones de Semana Santa y yo regresé brevemente a Puerto Rico.

⁴⁶ Don Jorge celebra el jardín de sus amigas las hermanas Fano. Me pregunta (14 de diciembre de 1975) ¿Hay ahora coquíes entre aquellos árboles que ya no pertenecen a nuestras amigas? Nos dicen que esta se haya enferma. ¿Cómo está ahora?.

En carta de 19 de noviembre de 1975 pido a don Jorge que nos autorice a reproducir su entrañable poema en el número de homenaje que Ínsula preparaba a Nilita Vientós Gastón.

todo esto, comienza a disiparse la niebla en España. ¡Cuántas preocupaciones para nosotros sin remediar!» (14 de diciembre de 1975). Ya en 1978 me dice de pasada: «España a todo esto cambia, hay más libertad de crítica . . . Es el mayor cambio que se observa en esta difícil Península. La confusión actual es considerable. Pero se va hacia un futuro más “progresista”. Y el retroceso a un caudillo salvador ya es imposible» (5 de marzo de 1978).

Más de una vez pude atestiguar que el poeta, pese a su invencible alegría, era dado a las lágrimas. Cuando leyó el «Llanto por Ignacio» en su curso del '27, al llegar al verso «¡Oh blanco muro de España!», se detuvo. Batalló contra el llanto hasta que una vena se le brotó en la frente. Los estudiantes nos paralizamos, aterrados, hasta que el poeta pudo recomponerse y continuar su lectura, para alivio nuestro⁴⁷. Otra vez, ya en Cambridge, le pedimos que nos leyera el poema «Retrato», que congela en el tiempo una escena familiar en la playa antes de la Guerra Civil. Se negó, temiendo el llanto, y Arturo tuvo que leerlo por él.

Debo advertir que el poeta jamás colocó su propia obra como eje central de nuestra correspondencia. A veces aludía a ella con ironía, anunciando con gracia en clase: «¡Cometí un soneto!»⁴⁸. Pese a su recato, no por eso dejaba de compar-

⁴⁷ Otro tanto le aconteció a Dámaso Alonso en un curso en New York University en Madrid. Llegado el momento de referirse a la muerte de Federico, el eminente catedrático no pudo evitar deshacerse en lágrimas. Curioso lo vivo que estaba en el recuerdo y en el afecto de sus compañeros de generación la presencia de Lorca.

⁴⁸ Gracias a las notas de la clase de Guillén que obran en mi poder puedo hacerme una idea más precisa de cómo el poeta veía su propia obra. Como era de esperar, Guillén estudió en clase a los poetas de su generación, sin incluirse como parte del grupo. Pero el penúltimo día de clase, por petición nuestra, habló de su poesía. «Voy a hablar de un poeta “a petición del público”, del poeta aquí presente. Pero es a manera de propina. Es el poeta que

tir epistolarmente sus noticias literarias⁴⁹. Según fui leyendo su poesía con creciente atención, comentaba a don Jorge mi reacción de lectora. Como a todo escritor, le importaba saberse leído: «Me gusta, ya lo creo, que le guste . . . *Que van a dar en la mar*. No creo que haya un estudio, a no ser periodístico, sobre estos poemas» (21 de diciembre de 1966). El amigo corresponsal también me iba dando noticia de sus publicaciones: « . . . he pasado varios meses preparando el volumen que ya está imprimiéndose en Verona de mis poesías completas, que se llama *Aire nuestro* (26 de diciembre de 1967); *Homenaje* ya ha salido en Italia. No sé si se vende ya en Madrid» (28 de diciembre de 1968). A don Jorge le importaba sobre todo saber cómo se recibía su obra en su país. Cuando estudiaba en Madrid entre 1966-1968 le fui informando sobre los cursos de poesía que tomaba⁵⁰: *La Ge-*

mejor conozco, pero no lo explicaré demasiado, lo leeré» (López-Baralt 1964; a 1 de mayo de 1964). Con todo, don Jorge se glosó a sí mismo con generosa prolijidad. Espigo algunos de sus comentarios: «Leeré de *Cántico*, que ya no me parece que lo he escrito, no porque no me identifique con ello, sino porque es una criatura autónoma que tiene sus aventuras por ahí». Añadía que no todo el poemario «es puro cántico, un quinto de los poemas no son tan alegres». Por otra parte, *Que van a dar en la mar* era para él un «libro de elegía en general. Ya se nota la edad del poeta. Se afronta con serenidad pero tristeza la vida». Pero el optimismo soleado de don Jorge prevalecía siempre. Terminó el curso celebrando la felicidad y a la vida, afirmando «creo en Dios» y «creo que el mundo es siempre mayor que yo». «¡Que el adiós lo deje perfecto!» fue su última salva gozosa. (Luce López-Baralt 1964; a 1 de mayo de 1964).

⁴⁹ Allá por 1964 Arturo llevó al poeta y a su incomparable compañera Irene a pasear por el interior montañoso de Puerto Rico y recuerda «las voces de alerta –yo manejaba– en lo referente a los peligros de aquellos caminos montañosos y estrechos. “Tenga ud. cuidado, Arturo. ¡Que se acaba *Clamor!*» (Echavarría 11; 1984).

⁵⁰ Terminé los requisitos de cursos doctorales en la Complutense de Madrid e hice una maestría en Literatura Románicas en New York University en Madrid. Como las homologaciones de los cursos doctorales nunca se lograron, pese a los generosos esfuerzos de mi leal amigo Dámaso Alonso, a la larga me doctoré en Harvard (1974). Cincuenta años después tuve la

neración de 1927, que dictaba el poeta José Hierro y *Poesía española contemporánea*, a cargo del teórico y poeta Carlos Bousoño. Por razones de su exilio, Guillén se encontraba aislado del mundo literario español. Y me convirtió en su inesperada ventana (¿o «agente encubierto»?) que le informaba del universo letrado de aquella España aun en Posguerra. «Cuénteme de sus cursos universitarios (el de Hierro, el de Bousoño)» me pide en carta desde Florencia (21 de diciembre de 1966). Le doy detalles puntuales de las clases y Guillén riposta «¡Cuánto me gustaría cometer la indiscreción de leer sus apuntes! Sé lo que piensa Bousoño [de mi poesía] . . . ¿Y Hierro? ¿Qué dice del *Cántico*?» (desde Florencia, 17 de marzo de 1967). Explicué a Guillén que

José Hierro . . . ha discutido su obra en detalle . . . Lo considera a ud. un gran poeta, (en particular, por *Cántico*.) Sin embargo, a pesar de que le reconoce un valor intrínseco, advierte que su tipo de poesía no es el que más le agrada . . . Sus poetas preferidos de la Generación del '27 son Aleixandre y Cernuda . . . Y todas estas cosas anteriores van dichas «confidencialmente», don Jorge. (28 de abril de 1967)

Hierro explicaba a sus estudiantes que era muy difícil para un poeta de su generación sentirse identificado con la generación que les precedió. Es, decía, «como amueblar una casa [en esta década del '60] con muebles de los años '50. Sí lo haríamos con muebles más antiguos. De ahí que me sienta tan cerca de Juan Ramón Jiménez»⁵¹.

honda satisfacción de ver culminados mis estudios madrileños truncos, pues la Complutense me otorgó un Doctorado *Honoris Causa* en 2019.

⁵¹ Cito por los apuntes de la clase de José Hierro, que aún conservo. Con los años, intensificaría mi amistad con Hierro y publicaría su epistolario con el poeta de Moguer, sus textos inéditos escritos en la cárcel al final de la

No me faltó dialogar con don Jorge sobre el término «poesía pura»: «Ud., en su carta a Fernando Vela, publicada en *La generación poética de 1927*, de González y Rozas, . . . habla de la “poesía pura” como “poesía simple”. Dice Paul Valéry que “poesía pura” es “todo lo que permanece en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía”. ¿Cómo se puede reconocer lo no poético de un poema para eliminarlo y saber lo que es “poesía pura”?» (desde Madrid, 16 de febrero de 1967). Mi correspondencia me aclara el asunto:

Lo que todavía no he visto es la antología de González Muela. [Pero] Ya antes reaccionaba yo contra la noción de poesía pura. Todo ello no sirve para entender *Cántico*, ni siquiera *Cántico*. A ello me refiero en el último capítulo de *Lenguaje y poesía* . . . La idea de «poesía pura» no es clave de ningún poema ni de nada. (desde Firenze, a 17 de marzo de 1967)⁵²

Cuando fui ayudante de cátedra del profesor Juan Mari-chal en Harvard informé a don Jorge que estaba enseñando su décima «Las doce en el reloj». Otra vez me confiesa que hubiera querido atisbar secretamente la clase: «Me habría gustado muchísimo escuchar sus explicaciones, que yo invisiblemente habría aprobado» (20 de marzo de 1972). Más adelante (17 de agosto de 1972), el poeta me explica el novedoso contenido de *Otros poemas*:

Yo he concluido otra revisión, ¡una más! de esos *Otros poemas* que tengo ya casi acabados. Libro en el que ni la

Guerra Civil (*Guardados en la sombra*) y un libro de propósito sobre su obra, «*Entre libélulas y ríos de estrellas*»: *José Hierro y el lenguaje de lo imposible*.

⁵² A don Jorge siempre le incomodó que lo apodaran «poeta puro». Se quejaba en clase «A mí siempre me llamarán “poeta puro”, cosa que no me gusta . . . [es] impersonal frío, intelectual . . . » (López-Baralt 1964; 4 de mayo de 1964).

«sátira» ni el «epigrama» escasean . . . He comprobado que a menudo lo que menos se entiende es lo irónico, lo humorístico, lo ligero. Lo sublime . . . es más evidente. Vosotros, Oh Luce, Oh Arturo, poseéis también el *sense of humour* que acompaña a la verdadera inteligencia.

En 1974 don Jorge al fin nos anuncia regocijado la publicación final: «Y *Otros poemas*. Tengo aquí ya el ejemplar a uds. debido . . . Y hasta pronto. ¡Y con qué ilusión!» (26 de marzo de 1974). Don Jorge recibe el Premio Cervantes en 1978 y nos comunica su alegría pero, sobre todo, su agotamiento ante la fama, crecida en exceso. «Esta situación honorífica de “premiado” exige una atención a la larga insostenible» (5 de marzo de 1978).

El poeta se interesaba vivamente en los jóvenes poetas de los que le fui dando noticia durante mis días madrileños: «No sabía que el hijo de [Leopoldo] Panero escribiera» (17 de marzo de 1967). Se trata de Juan Luis Panero, autor del poemario *A través del tiempo*, con quien trabé amistad en Madrid⁵³. Guillén lo conocería años después: «El viernes pronuncié su nombre ante mi interlocutor: ¡Luce! El otro era Juan Luis Panero, muy simpático. Me trajo su libro . . . Poeta indudable. ¿superior al poeta paterno? Quizá» (27 de abril de 1970). Por esos años solía asistir a la tertulia que José Hierro tenía en la Librería Abril de la Calle del Arenal en Madrid, donde –también le informaba a don Jorge– conocimos a Gerardo Diego, Alfonso Sastre, Vicente Aleixandre, Carlos Bousoño, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Jesús López Pacheco, Aurora de Albornoz, y a los entonces jóvenes Francisco

⁵³ Coincidíamos en la tertulia literaria de José Hierro en la Librería Abril y lo invité a darnos una lectura de su poesía en el Colegio Mayor de la Casa del Brasil, donde residía a la sazón.

Brines, Claudio Rodríguez⁵⁴ y Marcos Ricardo Barnatán, entre otros escritores. Le contaba a mi amigo epistolar los obstáculos lamentables que padecían estos poetas para dar a conocer su obra: «Hace poco leyó sus versos López Pacheco. Pero sólo pudo leer la mitad ¡porque le censuraron la otra! ¡Aquí se ven cosas increíbles! Hierro y los de la tertulia estaban indignados, pero no es la primera vez que pasa. A Ángel González le hicieron lo mismo» (28 de abril de 1967). También compartía con Guillén que, gracias a la generosidad de Vicente Aleixandre, pudimos viajar a Orihuela y Elche a conocer a Josefina Manresa y a su hijo Manuel Miguel, el destinatario de las célebres «Nanas de la cebolla»⁵⁵. «¡Cómo no aplaudir su fervor por la poesía española!» celebraba mi corresponsal ante estas noticias literarias (12 de junio de 1968). Por aquellos años también compartimos la dolorosa muerte de Federico de Onís⁵⁶ y la nostalgia que el poeta Jesús Tomé, al momento en Valladolid, sentía por Puerto Rico⁵⁷. También le comentaba sobre mi amistad con Dámaso, con cuyo gato, llamado irónicamente «Roldán» porque era un cobarde que vivía en los árboles del jardín, solíamos jugar. Dámaso lo acariciaba tan solo con el pie y reclamaba a Eulalia para que viniera a vernos abrazar al felino. También don Jorge amaba los animales: daba golosinas secretamente bajo la mesa a Castañita, la perrita *poodle* de los Gilman,

⁵⁴ Llamaba a Claudio, cariñosamente, «Claudillo», y éste me ripostaba: «¡gracias por la “l”!». ¡Es que sin la «l» lo estaría llamando «Caudillo»!

⁵⁵ Para nuestra sorpresa, Manuel Miguel quería hablar de fútbol más que de poesía, aunque nos confesó que su deseo era abrir una librería en el futuro. Lamentablemente, murió muy joven del corazón.

⁵⁶ «Sentí mucho la muerte de Onís. ¿Cómo se desarrolló el suceso?», nos pregunta Guillén en carta del 19 de marzo de 1967.

⁵⁷ Jesús Tomé asistió con nosotras a la clase de Guillén en 1964, y publicaría sus libros más importantes de poesía en la Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Murió en la isla en 2022.

escondido de Teresa. «. . . a petición de mi nieta Anita, le dediqué un poema. La pobre Casti ya es una anciana . . .»⁵⁸.

Según avanzaban mis estudios doctorales le hacía a mi dilecto amigo un inventario de mis lecturas, desde Berceo y *El caballero Cifar* hasta Victor Frankl. «Leeré *El Caballero Cifar*. ¡Palabra!», me prometía (31 de marzo de 1970). Le admiró el libro que le regalé —*Man's Search for Meaning*—, en el que el psiquiatra vienés sobreviviente de Auschwitz explica que quienes sobrevivían el campo de exterminio eran aquellos que tenían alguna razón para vivir: reencontrar un ser querido, escribir un libro, testimoniar los horrores vividos. El alma soleada de Guillén supo comprender perfectamente el mensaje vital de Frankl. También comenté a Guillén que el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal lo leía con profunda admiración. Don Jorge, por su parte, me convirtió en su «secretaria» a distancia con sus pesquisas en la Sala Zenobia /Juan Ramón de mi Universidad. Le transcribí puntualmente las dedicatorias que Antonio Machado, a quien tanto admiraba, había hecho en el volumen *Nuevas canciones*, publicado en Madrid en 1924.

Octavio Paz y Marie-Joe visitaron Cambridge en 1971 en ocasión de las *Charles Eliot Norton Lectures* que ofreció el consagrado poeta mexicano⁵⁹. De ahí surgió el libro *Los hijos del limo*. Nos solíamos reunir con ellos y don Jorge y al poco tiempo mi amigo epistolar me lanza una predicción no exenta de cierta ironía: «El divino Octavio! . . . Será Premio Nobel. Muy justamente» (20 de marzo de 1972). ¿Precog-

⁵⁸ Carta desde Málaga del 1 de noviembre de 1988.

⁵⁹ En carta del 4 de marzo de 1972 le doy cuenta a don Jorge de un incidente ocurrido en la primera conferencia de Octavio Paz: «Hemos asistido a las conferencias de Octavio. En la primera pasó algo que nos dejó fríos. A mitad de la lectura, descubrió que le faltaban varias páginas. Octavio tiene pues que interrumpir la lectura e improvisar en inglés. Una vez pasado el gran mal rato, resultó inclusive mejor, pues había así más comunicación entre él y el público».

nición de mi interlocutor, o sentido práctico de la realidad? Ya en 1977 Aleixandre había aceptado el Nobel a nombre de toda la Generación del '27. Difícilmente, pues, podría recaer la distinción en don Jorge. Octavio, por su parte, se alzó con el Premio en 1990.

Siempre nos impresionó el afecto que tuvo don Jorge por Borges, motivo del primer libro de mi marido Arturo, que por cierto Guillén le comentó en generosa carta de cuatro pliegos⁶⁰. Me informa el poeta de su encuentro con Borges en California, y de su «breakfast honoring Jorge Luis Borges and Jorge Guillén» para un reducido «happy few» (esto último, dicho en tono de burla). No oculta su alegría, pues Borges «estuvo amabilísimo con este Jorge cantollano»⁶¹ (20 de marzo de 1972). Y añade, admirado: «. . . estamos leyendo *El libro de arena*. ¡Qué prosa, qué poeta!» (14 de diciembre de 1975). Su adhesión personal a Borges era conmovedora: «¡Qué buen amigo mío es Borges! ¡Hasta extremos increíbles!» (3 de mayo de 1983).

A todo esto, don Jorge seguía de cerca mis primeras publicaciones: «Leí con gran interés su estudio de las *Novelas ejemplares*⁶². ¡Qué bien se las sabe ud.! . . . Su visión es justísima» (7 de abril 1970). Esto lo lleva a reflexionar sobre la misteriosa condición de artista «genial»: «Decimos: poeta genial: Aludimos al misterioso arranque oscuro. Es la genial profundidad de la obra de un Lorca, de un Vallejo, . . . El poeta, claro, nace, pero tiene que hacerse . . . En los ochenta años sigue haciéndose. Otro ejemplo cercano. Usted nació

⁶⁰ La carta está, lamentablemente, perdida o desplazada, pero Arturo alude a ella en su citado *In memoriam*.

⁶¹ Alude a la esencial y única línea melódica de este tipo de canto litúrgico, que acaso asociaba a su propia obra.

⁶² «*Las Novelas ejemplares* y el triunfo sobre la circunstancia» vio la luz en *La Torre* en 1971.

blanca, Luce, y nació encantadora. ¿Verdad, Arturo?» (desde La Jolla, 7 de abril de 1972).

Cuando el poeta leyó mi ensayo sobre «Notas sobre el rescate artístico de la niñez en *Cien años de soledad* y *El tambor de hojalata*»⁶³, dio en meditar sobre la felicidad de la infancia: «Yo, que fui un niño dichoso, bastante dichoso, estoy muy lejos del entusiasmo por aquel paraíso perdido de la infancia sin saudade. ¿Niñez, adolescencia, juventud? Para [mí] un regalo mejor ha sido la gran razón madura, que puede comenzar muy pronto y prolongarse hasta avanzados años. Gracias, Luce» (desde la Jolla, 7 de abril de 1972). Mi generoso corresponsal se mostró convencido de otro ensayo en el que argumentaba el posible trasfondo espiritual islámico del soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte». «Su estudio sobre el soneto me ha interesado muchísimo. Una documentación rigurosa, una composición estricta. Y todo ello muy bien razonado, convence» (23 de marzo de 1976). Aquel estudio también convenció, contra lo esperado, al maestro Marcel Bataillon, que me escribió una hermosa carta al respecto. Don Jorge recuerda al estudioso con entusiasmo: «Bataillon, muy eminente, y como profesor, único en su especie (su generosa ecuanimidad no se parece a la de nadie)» (ibid). Encomia también a Miguel Asín, que fuera su profesor predoctoral en la Universidad de Madrid⁶⁴. Siempre agradecí a don Jorge que me hiciera conocer al gran arabista, cuyos libros póstumos, andando los años, tendría el honor de publicar⁶⁵.

⁶³ Apareció en *Sin Nombre* IV, 1971, pp. 55-69.

⁶⁴ Otro tanto testimonió Dámaso Alonso, que tomó el curso con su futura esposa Eulalia Galvarriato (Cf. Alonso 447; 1975).

⁶⁵ Edité su libro póstumo *Shadilíes y alumbrados* para Hiperión de Madrid (1990), y sus cuadernos de sánscrito –*Miguel Asín Palacios, estudiante de lengua sánscrita y profesor de la filosofía religiosa de la India*– para Mandala de Madrid (2015).

Guillén dedica líneas especiales a comentar a san Juan de la Cruz, uno de sus escritores de cabecera. Escribía mi tesis doctoral en torno al poeta bajo la dirección de Raimundo Lida, a quien don Jorge llamaba con admiración «Dr. Sutilísimo»⁶⁶. Asociaba el delirio verbal, las imágenes misteriosas y los comentarios en prosa del Reformador con las técnicas literarias que los sufíes usaban para expresar lo inefable místico, sin descuidar el *Cantar de los cantares*, libro clave para comprender la poética del santo. Hay que decir que don Jorge no comulgaba con las teorías de Américo Castro en torno al diálogo de las tres castas –cristiana, musulmana y judía– en la formación de la temprana identidad española. Lo discute con sorna con su interlocutor Pedro Salinas: «Yo hace mucho que no sé nada de Américo. Debe seguir con sus moros, es decir, con *España en su Historia*»⁶⁷. A mí me también me admitía sus reservas, pero en tono respetuoso: «a mí el Oriente me informa, pero no me forma»⁶⁸. Esta visión occidentalista explica el asombro («¿o miedo precavido?») con el que don Jorge acogió mis primeros estudios de la poesía de san Juan. Es de entender que las rarezas del Reformador le parecieran enigmáticas, pues resultaban inclasificables dentro de las coordenadas estéticas europeas al uso. Por eso Marcelino Menéndez Pelayo sentía «religioso terror» (1915; 55-56) ante la poesía de san Juan, y Dámaso Alonso, «espanto», por lo que osó estudiarla tan sólo «desde esta ladera» (Alonso 1942). Las novedades poéticas del santo no estaban en su horizonte de expectativas literario europeo. Estos enigmas, en cambio, resultan explicables a la luz del *Cantar de los cantares* y la poesía mística comentada

⁶⁶ Carta el 18 de diciembre de 1973. Por cierto que don Jorge le dedica un poema lleno de admiración y reverencia a Raimundo Lida.

⁶⁷ Cf. Soria Olmedo (363; 1992).

⁶⁸ Conversación personal (Cambridge, 1970).

sufi⁶⁹. Poco a poco, sin embargo, don Jorge fue quedando convencido de que la literatura española era más compleja de lo que tenía asumido.

Pese a estas naturales reservas, mi amigo corresponsal, como dejé dicho, siempre fue generoso con mis trabajos: «Celebro que sus estudios . . . marchen viento en popa. (Y ahora, ese peligrosísimo san Juan de la Cruz . . .)» (31 de marzo de 1970). «En cuanto a la tesis . . . Luce, ese asunto me emociona, me pone en vilo de suma espera. Ya ha comenzado ud. a redactar. ¡Magnífico!» (5 de agosto de 1973)⁷⁰. Ya en 1975 se congratula de que «Ud. sigue avanzando por su vía mística en árabe. ¡Qué lejos de estos mahometanos del petróleo! . . . Los discursos que me anuncia serán muy fecundos en hallazgos. La mora de Úbeda, el Mancebo de Arévalo. ¡Qué semitas somos, Dios mío! Todas estas averiguaciones le hubieran encantado a Don Américo [Castro] . . . Con ese entusiasmo, el suyo, será ud. feliz y nos hará felices a todos» (12 de julio de 1975). Mis artículos en versión árabe le hacían ilusión al poeta por su «exotismo»: «Nos ha gustado *contemplar* en lengua arábica su estudio sobre literatura aljamiada. Ud. me pasma: y yo me quedo literalmente “encantado”» (1 de noviembre de 1981).

⁶⁹ La islamóloga Annemarie Schimmel me confesó que nunca le había extrañado la obra de san Juan «porque lo leía como si fuera un sufi» (comunicación personal, Harvard, Cambridge, 1971).

⁷⁰ El poeta me da noticia del libro que está leyendo: «*De Fray Luis a San Juan*, que me trajo su autor Paco García Lorca. Un estudio admirable sobre la influencia de Fray Luis en san Juan de la Cruz» (4 de febrero de 1973). Don Paco García Lorca dictó en Harvard un curso sobre su hermano Federico, muy recatado de información, por cierto, al que asistí de oyente con Teresa Guillén. Como se sabe, Federico le había dedicado a Teresa el poema infantil «El lagarto está llorando»: «A madmoiselle Teresita Guillén, tocando en su piano de seis notas».

En otro de nuestros próximos encuentros en Cambridge don Jorge me advirtió, aceptando su temor con guiño irónico: «Si sigue ud. descubriendo más cosas sobre ese al parecer morabito san Juan de la Cruz, ¡me voy a Covadonga! ¡¡Que me voy a Covadonga!!»⁷¹. Lo glosa luego en carta: «. . . ¡San Juan! ¡Morabito del Señor!» (22 de agosto de 1976). Me imagina, para colmo, ya transmutada mágicamente en una «mora». Esta vez dirige la carta a Arturo: «Me imagino a Luce vestida de mora, y aun más guapa, en su docta mezquita» (5 de enero de 1976). Guillén no alcanzó a saberlo, pero esta su amiga habría de usar el velo para conferencias en Irán, Pakistán y Arabia Saudita. ¡Curiosa precognición la suya! Y concluye el poeta: «De modo que aquel pobre Juan de Yepes, luego sublime san Juan de la Cruz, llevaba dentro un moro redomado. ¡Español tenía que ser!» (carta de 31 de abril del 1980). Ya dije que no hay que asombrarse de los motes que mi amigo daba san Juan: la Generación del '27 asumió sus rarezas poéticas porque las asumía a la luz del «irracionalismo verbal» que les fue contemporáneo. Paul Valéry (449; 1962) relejó al Reformador desde la perspectiva de las vanguardias, donde estos «excesos» alucinatorios tenían cabida, y enseñó a los poetas del 27 a leer a San Juan como un poeta curiosamente «afrancesado». Y, con todo, admitió que sus excesos poéticos «empalagaban su alma occidental» (ibid). Carlos Bousoño (1970), por su parte, lo considera sin más como un «poeta contemporáneo» *avant la lettre*. Era más cómodo concebir el irracionalismo verbal del santo como un «milagroso» adelanto de siglos a la lírica de vanguardia, que no pensar que seguía de cerca el delirio verbal de un poema hebreo –el epitalamio salomónico– y la simbología mística islámica, tan ajena a Occidente. Entiendo pues que

⁷¹ Conversación en Cambridge (fines de la década del 70).

a mi amigo Guillén le costara ver transmutado a su poeta «afrancesado» en un «moro redomado». Era «bajarlo de categoría». Debo decir que los dos nos divertíamos con este tema, que descolocaba a don Jorge, pero que a mí, hija de una América joven y mestiza, no me resultaba ajeno. Tampoco a Américo Castro: sospecho que su nacimiento y niñez en Brasil (de ahí su nombre «Américo») y su llegada a Granada cinco años más tarde, ya con una óptica hispano-americana, influiría en su actitud fraterna hacia el antiguo diálogo intercultural que dio pie a la hispanidad⁷².

Pasa el tiempo y mis estudios hispano-semíticos incluyen las huellas musulmanas en otros autores españoles. Envié a don Jorge la versión francesa de mi artículo «Crónica de la destrucción de un mundo. La literatura aljamiado morisca»⁷³, que impresionó mucho al poeta que amenazaba con «irse a Covadonga». «Me ha causado asombro. Estupendo estudio . . . Aquello —¡Aquello!— fue atroz. Esa agonía, esa mutilación o casi anulación del morisco . . . Admirable. ¡Cómo se ha crecido ud. en estos últimos años! A nuestro gran Raimundo le habría encantado esa penosa, penosísima historia. Pero era, fue la verdad» (3 de mayo de 1980). En la última carta que conservo de don Jorge se sigue asombrando de mis investigaciones. «Sus estudios sobre el orbe musulmán, querida Luce, son interesantísimos. Y estoy ya

⁷² El célebre historiador se ocupó de Iberoamérica en su estudio *Iberoamérica. Su historia y su cultura* (1954), en el que se refiere a su patria, Brasil, con evidente afecto y respeto. No hay que olvidar que, cuando le invalidan su pasaporte republicano al momento del exilio, reclama su nacionalidad brasileña. (Cf. Salvador Bernabeu Albert, «Un señor que llegó del Brasil. Américo Castro y la realidad histórica de América» (2002) y la «Carta de Américo Castro a Juan Goytisolo» (1997).

⁷³ Más tarde ese ensayo constituyó el primer capítulo de mi libro *Huellas del Islam en la literatura española. De Juan Ruiz a Juan Goytisolo* (1985/1989).

esperando esas *Moradas* arábigas de Santa Teresa. Santa Teresa de Jesús y santa Teresa de Alá» (9 de marzo de 1982). Don Jorge se refiere al estudio sobre los antecedentes islámicos de los siete castillos concéntricos del alma, tema que Asín había preludiado y al que yo añadí pruebas adicionales⁷⁴. Mi amigo incluso me propone un posible título a mi futuro libro: «Habría, pues, que ampliar aquel título de *La escatología musulmana en la Divina Comedia* de Don Miguel Asín . . . *La escatología musulmana en las literaturas románicas*. Ahora sí» (ibid). Mi libro, publicado en el 1985, terminó con el título *Huellas del Islam en la literatura española*, y fue traducido al árabe, al inglés y al chino. ¡Lo que se hubiese alegrado don Jorge! Lo cierto es que mi amigo, bromas veras, pero ya más verás que bromas, terminó asumiendo su propia condición semítica: «Ya saben ustedes cuánto les queremos Irene y este amigo español, más o menos morisco. (¡Abenámbar, Abenámbar!)» (9 de marzo de 1982).

Con todo, lo más que marcó mi diálogo vital con Jorge Guillén fue el tema del amor. Nuestra vocación de felicidad nos hizo cómplices, pese a nuestra notoria diferencia de edad. Según se fue ahondando nuestra amistad, comenzamos a celebrar la felicidad conyugal: el poeta había sido inmensamente dichoso en el matrimonio –vale decir, en sus dos matrimonios, pues reincidió en su felicidad. Y, tras llorar en versos sentidísimos a su perdida Germaine, pudo cantar a Irene con esperanza renovada: «La página está en blanco y nos espera, / Nuestras dos escrituras sucesivas / Alternarán sus frases de manera / Que yo adivinaré lo que no escribas /

⁷⁴ A mi primer ensayo sobre los siete castillos concéntrico de santa Teresa y sus posibles antecedentes islámicos, que publiqué en mi citado *Huellas del Islam* . . . , siguieron varios estudios adicionales en los que añadí nuevos ejemplos de textos islámicos medievales que se habían servido del mismo símil.

Y tú sabrás leer mi alma entera» (Guillén, «Poema 20», *Amor a Silvia* 1331; 1968)⁷⁵.

En las reuniones sociales el poeta y yo buscábamos un momento aparte para darle vivas al amor, hasta el punto que su hija Teresa exclamaba: «¡A Luce y a Papaíto hay que dejarlos solos porque no todos comparten su tema, que es para matrimonios muy bien avenidos!». Y solos nos dejaban. En ese aparte, mi soleado amigo y yo dábamos salvas al amor feliz: a su realidad palpable, a su capacidad de perdurar con pasión sostenida, a su lealtad gozosa. Solíamos celebrar todo esto en voz baja, para no incomodar a los demás contertulios.

Debo contextualizar nuestras conversaciones en torno al amor dichoso. Arturo y yo habíamos coincidido en la clase que don Jorge ofreció en Puerto Rico en el 1964. Por aquel entonces, era un joven profesor que entraba al aula con talante de misterioso galán hispanoamericano. Nunca me prestó atención. Pasan cinco años y el escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez me presentó a Arturo en una conferencia del crítico Ángel Rama. Comenzamos a salir, pues ambos ingresaríamos al programa doctoral en Harvard. Una vez en Cambridge, reanudamos, cada uno por su cuenta, nuestra ya antigua amistad con don Jorge. Hay que decirlo: Guillén era un casamentero. Tras un par de tardes de cóctel conmigo, exclamó, con un guiño pícaro: «Ya sé que sale ud. con Arturo, y desde ahora los vamos a invitar juntos». Y así fue que por tres años fuimos como pareja, semanalmente, a compartir con el poeta en Gray Gardens West. Más tarde supe que Guillén le insistía en privado a Arturo: «¡Cátese, Arturo, cátese!». También fue mediador en amores con mi

⁷⁵ Don Jorge siempre usaba sus dos anillos de boda juntos: era una manera conmovedora de afirmar los dos grandes amores de su vida. Según me compartió la hija del poeta, a su muerte, Irene le retiró el anillo de boda con ella y devolvió a Teresa el anillo de boda con Germaine.

madre cuando sus viajes a Puerto Rico: no veía la hora de que nos casáramos. Al fin pude darle la esperada noticia:

. . . Arturo y yo nos casamos en mayo. Estamos muy felices con la decisión . . . Nos casaremos en Cambridge . . . ¡Contamos con uds.! Y contamos con uds. de tal manera que estamos dispuestos ajustar la fecha a una fecha en que uds. estuvieran aquí. ¿Habrán llegado a Cambridge a fines de mayo? No concibo una boda, en la que uds., que han sido parte tan integrante de nuestra relación, falten. (23 de marzo de 1972)

Poco después le vuelvo a escribir a don Jorge, esta vez pidiéndole un favor muy especial:

Cada vez más agradezco profundamente a Dios, a la vida, al destino, la felicidad de nuestra boda. ¿Le podría pedir un favor infinito? Ud. no sabe cuánto ha significado en mi vida, emocional y literaria, que en el fondo es lo mismo, su poema «Las doce en el reloj» ¿Sería posible que lo leyera Ud. en la boda? Me haría tan feliz . . . (24 de marzo de 1972)

Enseguida don Jorge dispara sus salvas de «profunda alegría» citando el célebre verso de su «Beato sillón», que tan malinterpretado había sido: «*Instantes* hay en que el mundo está bien hecho. Gracias por la noticia. Y por la invitación. Asistiremos a la boda y leeré aquel romance. ¿Quiere eso decir que el acontecimiento se celebrará hacia las doce? “Las doce en el reloj de Cambridge”» (28 de marzo de 1972)⁷⁶. El poeta no puede resistir celebrar la responsabilidad que implica el matrimonio: «Luce, Arturo: os queremos . . . En esta

⁷⁶ Por error, Guillén firma esta carta «28 de marzo de 1978», cuando la escribe en 1972, poco antes de nuestra boda en Cambridge.

sociedad blandengue . . . que nos rodea, el acto más valiente es hoy el matrimonio» (ibid)⁷⁷.

Nuestra unión matrimonial, que habría de durar medio siglo, tuvo lugar bajo un manzano florido en blanco en los jardines del Cronkite Graduate Center, donde residía como estudiante⁷⁸. Y don Jorge, tal como había prometido, puso broche de oro a la ceremonia, recitando su décima «Las doce en el reloj», síntesis de un instante en cúspide de plenitud feliz y, de todos sus poemas, mi predilecto. El poeta lo memorizó para la solemne ocasión. Estos versos soleados siempre nos sirvieron de código de la dicha nupcial que tantas veces el poeta y yo celebrábamos *inter nos*:

Dije: Todo ya pleno.
 Un álamo vibró.
 Las hojas plateadas
 Sonaron con amor.
 Los verdes eran grises,
 El amor era sol.
 Entonces, mediodía,
 Un pájaro sumió
 Su cantar en el viento
 Con tal adoración
 Que se sintió cantada
 Bajo el viento la flor
 Crecida entre las mieses
 Más altas. Era yo,

⁷⁷ Irene, que casi invariablemente añadía algo de su puño y letra a las cartas que don Jorge nos escribía, añade: «Jorge lo ha dicho todo., queridos amigos. ¡Qué gran alegría esa preciosa noticia!».

⁷⁸ Conste que no pensé entonces en san Juan de la Cruz, pero me fue dado vivir su encendido verso nupcial: «debajo del manzano, / allí conmigo fuiste desposada».

Centro en aquel instante
De tanto alrededor,
Quien lo veía todo
Completo para un dios.
Dije: Todo, completo.
¡Las doce en el reloj!

Mientras Guillén entonaba su canto a la completa reconciliación de la existencia, las campanas de Cambridge comenzaron a tañer al mediodía. Aquellas campanadas nos desconcertaron, porque no habíamos cronometrado adrede el instante dichoso. Era como si la alegría de los versos radiantes del poeta hubiesen convocado la música de las campanas. La bendición nupcial de Guillén nos perduró siempre, con todo su gozo, a lo largo de los años que nos fue dado vivir el milagro del amor⁷⁹.

Seguí compartiendo con don Jorge lo sostenido de esa felicidad. Desde Roma, recién casados, escribo al poeta y me apropio de uno de sus versos: «¡Qué hermoso es ser tan feliz! Verdaderamente, *todo en el aire es pájaro!*». Guillén aludía a su vez a esa dicha: «Mi querida Luce, mi querido Arturo, o sea los felices Echavarría-s» (17 de agosto de 1972). Las con-

⁷⁹ En carta de junio de 1972 reitero a don Jorge nuestra gratitud por su regalo de boda, una caja antigua inglesa de plata con el lema «*Ardua tendo*» («Intento lo más difícil»). «Queremos agradecerles una vez más (nunca es suficiente) su regalo. No exageramos al decirle que ha sido el regalo que nos ha conmovido más y que ya queremos como nuestro tesoro más inapreciable. Espero que lo podamos poner pronto en nuestro nuevo piso, donde también espero que nos podamos reunir pronto los cuatro en breve» (junio 22 de 1972). Esa maravillosa caja de plata siempre tuvo un sitio especial en nuestra casa y cuando estuvimos de profesores visitantes en Harvard, Yale y Brown nos la llevamos para que presidiera nuestra sala. Hoy, ya viuda, la conservo como un tesoro, pues representa la alegría vital compartida con Guillén.

fidencias iban de ida y vuelta: «Lea el *Amor por Silvia*; está dedicado a Irene»⁸⁰.

Irene nos confiaba a su vez su propia felicidad con don Jorge, que consideraba paralela a la nuestra, de la que fue testigo directo: «desde que os conocí nunca dudé de vuestra unión: son cosas que se sienten. Un matrimonio, es decir, una relación verdaderamente feliz, es un don de la vida poco común. Yo misma, con Jorge, he tenido esta suerte»⁸¹. Curiosamente, sus momentos más felices habían coincidido cronológicamente con el desarrollo de nuestra amistad: «Me gustaría volver a veros, vuestra boda, nuestras charlas aquí en Cambridge, el inolvidable Puerto Rico –(esos meses fueron para mí, la época más feliz de mi vida)» (carta desde Cambridge, 15 de septiembre de 1985, dirigida a Arturo). Tanta fue esa felicidad, que ya viuda nos confiesa que: «fui tan feliz en Puerto Rico que me sería imposible volver ahora (yo echo de menos a Jorge, es que la vida no tiene [ilegible] sentido sin él, a pesar de tantas personas que quiero y que me quieren)» (desde Málaga, 13 de agosto de 1986). Irene me corroboraba por escrito todo lo que don Jorge me había confiado sobre la hondura de su felicidad conyugal.

Al año de casada continuaba mis confidencias íntimas con mi inigualable amigo epistolar: «doy gracias . . . por la felicidad que va cada día en aumento. No ha sido pequeño el regalo del destino . . . » (26 de febrero de 1973). Y sigo desgranando ante el poeta la bitácora de aquel amor creciente:

Hace hoy . . . cinco años de aquel mediodía luminoso en el que ud. dijo para Arturo y para mí sus «Doce en el reloj» bajo el árbol cuajado de flores blancas . . . Creo que soy casi demasiado feliz, don Jorge. Todos los días

⁸⁰ Comunicación personal en Cambridge, hacia 1972.

⁸¹ Carta desde Málaga del 3 de marzo de 1977.

para mí son motivo de un júbilo muy especial. ¡Qué experiencia la del amor compartido, la del amor más intenso cada día! Es como vivir los sueños a diario; como imponerle la fantasía a la realidad: como violar la realidad. Qué bien entiendo su poesía celebrativa . . . Es tan plena mi felicidad que no dejo de sentirme vagamente culpable por ella. Dígame . . . don Jorge, ud. que tan hondamente ha vivido esos . . . instantes felices y perfectos (que a mí tanto se me prolongan) ¿nunca se ha sentido culpable de ellos? . . . Me importa mucho en este caso «comparar notas» con ud., que me consta vive la alegría, la vida, la perfección, –momentánea, sí, pero no por ello menos esplendorosa– tan intensamente. Creo en retrospectiva que no hubo cosa más adecuada en nuestra ceremonia nupcial que sus versos «Las doce en el reloj». Este evangelio de amor parece haber bendecido muy de veras nuestra unión, pues aun lo estamos experimentando a niveles tan hondos. (desde San Juan, 21 de mayo de 1977)

Estos asuntos tan personales los seguimos hablando a viva voz y los continuamos por carta. Ya al año próximo –1978– celebramos el sexto aniversario de boda en la misma ciudad de Cambridge donde nos casamos: «Cayó un domingo, como aquel 21 de mayo de 1972. ¡Todo ya pleno!⁸² ¡Qué dichosos hemos sido! Su poema fue el preámbulo de toda dicha cumplida»⁸³. Desde Málaga el poeta sigue celebrando aquel amor que viera nacer: «Pienso en uds. y me los imagino allá, . . . en la isla personal de su amor. Y de pronto me llega la voz remotísima pero tan afectuosa de la pareja feliz» (5 de agosto de 1973). «Pareja feliz», reitera como

⁸² Cito uno de los versos de las «Doce en el reloj».

⁸³ La postal no tiene fecha, pero calculo por el aniversario de boda que sería algo posterior al 21 de mayo de 1978.

estribillo de delicia: «Mi querida Luce, mi querido Arturo: No los extrañe que encabece así esta carta, porque siempre los recuerdo a uds. emparejados en pareja feliz» (17 de noviembre de 1974). La celebración no cesa: «Siento, más que presiento, ante todo, que uds. de veras son felices. ¡Nada más importante!» (14 de diciembre de 1975). Don Jorge nos aconsejaba: «persistan en su ser, es decir, en su felicidad» (2 de febrero de 1980). En carta a Arturo, me manda un entrañable mensaje: «Dígale a Luce que yo no pienso nunca en singular, sino en pareja» (12 de noviembre de 1981). Y en pareja concebía él la vida: nuestra correspondencia incluía siempre una despedida cariñosa de su inseparable Irene.

Nuestra última salva al amor compartida personalmente fue en Málaga. Ya don Jorge estaba muy anciano y sabíamos que no nos volveríamos a ver. Tras reincidir en un riguroso aparte en nuestras celebraciones a la felicidad nupcial, me dijo: «todo esto que hemos hablado hoy lo seguimos hablando por carta». Y en esa carta el poeta incluyó dos poemas relacionados con su fe inquebrantable en el amor; uno, inédito entonces, «Desconcierto», que pasó luego a *Final*; y otro, «Felicidad», del poemario *Y otros poemas*. Eran su manera de reiterar su alta lección: nunca debemos sentir culpabilidad ante el amor vivido. Admito cómo crecí, gracias a su sanísima «terapia» de tantos años, hacia el amor vivido en plenitud gozosa. El poeta comenta ese último encuentro: «Cuánto les agradecí su visita! . . . intensa, vivacísima . . . hubo tiempo para hablar de la felicidad . . . Ud., Luce, me refirió al posible remordimiento de ser feliz. ¡Me opongo! Ahí está la glosa—inédita— de Kierkegard» (4 de septiembre de 1980). Mi delicado amigo denuncia al atribulado filósofo Sören Kierkegaard, a quien tilda de «energúmeno» ajeno al Creador por su proclividad al sufrimiento, y rompe una lanza a favor del amor para aleccionarme una vez más:

«Armonía, belleza». No, no: ruge el paleta.
¡Horror de ser dichoso! Yo lo veto.

El poema lleva dos epígrafes finales. Son citas bíblicas, que convierten la lección de don Jorge en lección de trascendencia: «Estas cosas os he dicho para que halléis en Mí la paz (Juan XVI, 33)», y «Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en la luz» de Mateo X, 27. Y desde su luz suprema era que me lo decía mi amigo poeta . . .

El segundo poema con el que el poeta ilustra lo conversado aquel día se titula «Felicidad». Cito unos versos: «Instantes hay que siento conseguidos. / Yo los llamo felices. Los consumo / Sin dejar una gota».

Ya 1982 anunciamos a don Jorge que celebraríamos nuestro décimo aniversario de boda en Cambridge. El venerado amigo se une a nuestra alegría desde Málaga: «De modo que *in situ* celebrarán uds. el décimo aniversario de su boda, pero ya no en las doce de aquel reloj. Enhorabuena, que sigan uds. adelante en sus empresas, y entre uds., la más esencial, su relación íntima. No olvidemos la frase mejor de este planeta: “Amaos los unos a los otros”». Un magisterio trascendido entrevera los últimos consejos que don Jorge me dio en torno al amor. La dimensión humana y la divina nunca estuvieron reñidas para él, que dejó dicho en uno de sus mejores versos: «Cuerpo es alma y todo es boda».

Ya no recibí más cartas de don Jorge. Irene nos aclara su silencio: «De Jorge no os faltarán noticias a través de Teresa, Steve y otros amigos. Situación penosamente estacionaria: ya no escribe, apenas lee y está siempre muy muy cansado. El cumpleaños de este año no se ha parecido en nada a el [sic.] del año pasado» (desde Málaga, enero 31 de 1984). Es que al poeta ya apenas le quedaban unos escasos días de vida.

Víctima de una bronconeumonía, rendiría su alma el 6 de febrero en su piso malagueño frente al mar.

Me fue dado tener el privilegio de corresponder sostenidamente con Jorge Guillén, altísimo poeta en comunión con el Todo. He querido dar a conocer los entresijos de su alma soleada, poco frecuentes en sus otros epistolarios, más preocupados de su futura inmortalidad literaria, y, por lo tanto, más formales. Considero que compartir la ternura íntima de la que don Jorge fue capaz es mi mejor manera de rendir homenaje a su memoria. Las cartas de mi inmenso amigo fueron siempre *una alegría en voz alta*. Una alegría inacabable que sigue siendo uno de los ejes integrales de mi vida.

OBRAS CITADAS

- Alonso, Dámaso (1942). «En un homenaje a la memoria de Miguel Asín». *Obras completas*, vol. IV, Gredos, 1975.
- . *La poesía de San Juan de la Cruz (Desde esta ladera)*. Aguilar, 1942.
- Anderson, Andrew A. y Christopher Maurer. *Epistolario completo de Federico García Lorca*. Cátedra, 1997.
- Becerra, Janette. «Amor por el aire»: Hacia una poética del amor en las cartas de Pedro Salinas a Katherine Whitmore. Tesis doctoral defendida en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Septiembre de 2003.
- . «Glosas a un místico del siglo XX: las cartas de amor de Pedro Salinas a Katherine Reding Whitmore». *Literatura y espiritualidad*. Editado por María Pilar Moreno Sorolla, Universidad de Barcelona, 2003, pp. 213-243.

- . «Las cartas de Pedro Salinas a su musa: el diario de escritura de *La voz a ti debida*». *Revista de Estudios Hispánicos*, 30, 1, 2003, pp. 259-270.
- Bernabeu Albert, Salvador. «Carta de Américo Castro a Juan Goytisolo». *El epistolario (1968-1972). Cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo*. Editado por Javier Escudero, Pretextos, 1997, pp. 135-136.
- . «“Un señor que llegó del Brasil”. Américo Castro y la realidad histórica de América». *Revista de Indias*, vol. LXII, no. 226, 2002, pp. 651-674. [Consultado en línea en <https://revista.deindias.revistas.csic.es>].
- Bou, Enric. «Defensa de la voz epistolar. Variedad y registro en las cartas de Pedro Salinas». *Monteagudo*, tercera época, no. 3, 1998, pp. 37-60.
- . «Las razones de la voz: el epistolario entre Katherine Whitmore-Pedro Salinas». *Wellesley, recuerdo ileso. Una celebración de los hispanos en el 125 aniversario*. Milenio, 2002, pp. 45-56.
- . *Pasajero en las Américas. Cartas y ensayos del exilio: Pedro Salinas*. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- . *Pedro Salinas. Cartas a Katherine Whitmore. El epistolario del gran poeta del amor*. Editado por Enric Bou, Tusquets, 2002.
- . *Pedro Salinas. Cartas de viaje: 1912-1951*. Editado por Enric Bou. Pre-Textos, 1996.
- Bousoño, Carlos. *Teoría de la expresión poética*. Gredos, 1970.
- Castro, Américo. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Losada, 1948.
- . *Iberoamérica. Su historia y su cultura*. Tercera edición revisada, The Dryden Press, 1954.

- Díaz de Castro, Francisco J. *Jorge Guillén. Obra en prosa*. Editado por Francisco J. Díaz de Castro, Tusquets / Fundación Jorge Guillén, 1999.
- Echavarría, Arturo. «Jorge Guillén (1893-1983)». *Sin Nombre*, vol. XIV, no. 4, 1984, pp. 9-12.
- Escudero, Javier. «Carta de Américo Castro a Juan Goytisolo, Lloret de Mar, 5 de julio de 1972». *El epistolario (1968-1972). Cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo*. Editado por Javier Escudero, Pre-Textos, 1997, pp. 135-136.
- García, Dionisia. «Singularidad de una mirada (Irene Mochi Sismondi de Guillén)». *MVRGETANA*, 146, 2021, pp. 193-198.
- Garriga, Laurie. «Una amistad trasatlántica: edición crítica de la correspondencia entre Pedro Salinas y Federico de Onís». *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (BANLE)* XII, no. 23, 2020, pp. 253-318.
- González Muela, Joaquín. Ínsula, 1962.
- Guillén, Claudio. «Notes Toward the Study of the Renaissance Letter». *Renaissance Genres. Essays on Theory, History and Interpretation*. Editado por Barbara Kiefer Lewalski, Harvard University Press, 1986, pp. 70-101.
- Guillén, Jorge. *Aire nuestro. Cántico/ Clamor/Homenaje*. All'Insegna del Pesce d'Oro, 1968.
- . *Federico en persona. Semblanza y epistolario*. Emecé Editores, 1959.
- López-Baralt, Luce. «Anonimia y posible filiación espiritual islámica del soneto "No me mueve, mi Dios, para quererte"». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV, 1975, pp. 243-266.
- . *Apuntes del curso «Poesía de la generación española de 1920-1936» de Jorge Guillén*. Universidad de Puerto Rico, 1964.

- . *Entre libélulas y ríos de estrellas: José Hierro y el lenguaje de lo imposible*. Cátedra, 2002.
- . *Guardados en la sombra: textos para la prehistoria de José Hierro*. Cátedra, 2002.
- . «Las novelas ejemplares o el triunfo sobre la circunstancia». *La Torre*, XIX, 1971, pp. 73-101.
- López-Baralt, Luce, y Gloria Maité Hernández. *Miguel Asín Palacios, estudiante de lengua sánscrita y profesor de la filosofía religiosa de la India*. Mandala, 2015.
- . «Notas sobre el rescate artístico de la niñez en *Cien años de soledad* y *El tambor de hojalata*». *Sin Nombre*, IV, 1964, pp. 55-69.
- . «*Shadilés y alumbrados*» de Miguel Asín Palacios. Hiperión, 1990.
- López-Ríos, Santiago. *Correspondencia entre Américo Castro y José Jiménez Lozano (1967-1972)*. En colaboración con Guadalupe Arbona. Trotta, 2020.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Estudios de crítica literaria*. 1915.
- Mochi Sismondi de Guillén, Irene. *Alla rinfusa*. (A cura di Laura Dolfi.) M. Baroni, 2005.
- Morelli, Gabriele. *Epistolario. De Vicente Aleixandre a Juan Guerrero y Jorge Guillén*. Universidad de Alcalá, Ediciones Caballo Griego para la Poesía, 1998.
- Pagés-Rangel, Roxana. *Del dominio público: itinerarios de la carta privada*. Rodopi, 1997.
- Salinas, Pedro. «Defensa de la carta misiva y la correspondencia epistolar». *Ensayos completos*, vol. III, Taurus, 1983.
- Soria Olmedo, Andrés. *Pedro Salinas/Jorge Guillén. Correspondencia (1923-1951)*. Tusquets Editores, 1992.
- Valéry, Paul. «Cantique spirituel». *Oeuvres*. Gallimard, 1962, pp. 445-457.